

Bala el ganado, silvan los pastores,
Las vacas van mugiendo á los corrales;
Canta la codorniz en los maizales
Y grita el guacamayo en los alcores.

El día va á morir; la tarde avanza.
Toca de pronto á la oración la esquila
De la rústica ermita, en lontananza;

Y Venus, melancólica y tranquila,
Desde el perfil del horizonte lanza
La luz primera de su azul pupila.

MANUEL JOSÉ OTHÓN.

Santa Bárbara de Tamaulipas, 1889.

BIBLIOGRAFIA.

Mirtos, por Enrique Fernández Granados.—Asienta Vapereau que tanto mayor debe ser el esfuerzo de un poeta en ajustarse á las reglas de la versificación y del buen gusto, cuanto más lo inciten sus contemporáneos á desligarse de ellas. *Le poëte doit se montrer d'autant plus respectueux envers les règles de la versification, que ses contemporains l'invitent davantage à les abandoner.*

Fernández Granados—autor de *Mirtos*, libro que hoy vamos á analizar ligeramente—sin conocer quizá las palabras del crítico francés, las ha seguido con tal puntualidad y religioso celo, que bastaría su conducta, por sí sola, para probar cuán profunda verdad encerró el famoso autor del *Dictionnaire Universel des Contemporains* y de *L'Année Littéraire et Dramatique* en su consejo tan oportuno y tan exacto.

Que surja entre el inmenso número de producciones poéticas, abor-
tadas por las inteligencias insipientes de escritores sin inspiración y sin
talento, un libro delicioso, no solamente escrito, por lo general, en buen

castellano, sino también con reminiscencias horacianas y con sabor ana-
creóntico, es una muestra gallarda y prueba irrefutable que no admite
contestación, de que la docta máxima de Vapereau, si cunde, regenera
entendimientos extraviados, presta vigor y brillo á las imaginaciones
atrevidas y triunfa de los enemigos que la ataquen, afianzará entre nos-
otros—no se puede dudar—el eterno reinado de la belleza poética y
de la inspiración bien dirigida.

Bástele, pues, este único mérito al libro de Fernández Granados, si
otros no contase: hallarse escrito de acuerdo con las leyes del idioma,
de la versificación y del buen gusto, para que el público sólo tenga para
él, los aplausos que con sobrada justicia les escatima á muchos.

Conquistar este triunfo, no ha sido por lo demás el móvil del poeta:
más noble, más desinteresado también es el que debemos concederle.
Nace al mundo de la publicidad henchido de los más generosos senti-
mientos: joven, poeta, amante de la literatura y de la patria, discípulo
de eminentes escritores, compañero de progresistas, de jóvenes ena-
morados de las letras, aspira en sus ensayos literarios á alcanzar ese
ideal que perseguimos todos, y que quizá nunca veremos realizado: la
regeneración completa de nuestra poesía.

Nada hay por cierto más desconsolador ni más amargo; nada que in-
funda en nuestro espíritu desaliento más grande, más profundo, que
el triste estado á que la musa mexicana se encuentra reducida hace ya
tiempo: los suyos la han olvidado por completo; aquellos á quienes
niega sus favores, la escarnecen, la vilipendian públicamente, y mien-
tras tanto, todos ignoran si las señales de vida que suele presentar son
las postreras convulsiones de una agonía, ya larga por desgracia, ó los
primeros augurios de una nueva existencia, feliz, deslumbradora y vi-
gorosa.

A los poetas de buena voluntad é inspiración lozana, corresponde
acelerar esos días venturosos que todos anhelamos: los días de verda-
dero esplendor para las letras; de gloria y de grandeza para las musas.
Por fortuna sobran caminos que recorrer; abundantes veneros que ex-
plotar, y fuentes limpiísimas en cuyas claras linfas mitiguen su sed de
inspiración nuestros poetas; cultiven estos con fe, con entusiasmo, con
ardor, seguros del éxito, que será feliz sin duda alguna, esa hermosa
poesía, virgen aún, que canta á nuestros héroes, que fustiga á los tira-
nos, que subyuga y enloquece á las muchedumbres tumultuosas, y que
refleja en sí la historia, las grandezas, las tribulaciones, el cielo, las

costumbres y los paisajes de la patria: la poesía nacional, fuente inagotable de exuberante inspiración. Si para el cultivo de este género el poeta no contase con las dotes necesarias, conságrese en tal caso no á la imitación servil, trillada y degradante de los poetas españoles y franceses, quizá menos elegantes é inspirados; entréguese sí, al estudio, al examen, á la meditación prolija de los eternos maestros de la belleza, de los poseedores de la inspiración más levantada: de los antiguos; escoja á estos poetas por modelos, y los bienes que de ello les resulten serán innumerables. Cierto es que esta índole de estudios peca contra las inclinaciones literarias de nuestra época; pero no lo es menos que la influencia de la lectura de las obras clásicas, para cincelar la forma y depurar el gusto, es de una trascendencia indiscutible.

Macaulay dice refutando á Mr. Mitford: "Si recordamos que aquella fué la inspiración que directa ó indirectamente produjo las más nobles creaciones del ingenio humano, que allí tienen su origen la inmensa ilustración de Marco Tulio y sus imágenes brillantes, el fuego devorador de Juvenal, la imaginación plástica del Dante, la gracia incomparable del manco de Lepanto, del inmortal Cervantes, la profundidad de Bacon, el ingenio de Butler y la perfección suprema y universal de Shakespeare, ¿qué diremos entonces?"

Fernangrana ha comprendido la profunda verdad de estas apreciaciones literarias, y su inmensa veneración, su apasionado afecto á los clásicos griegos y latinos, se adivinan al leer las páginas de *Mirtos*: Horacio y Anacreonte aparecen allí como maestros consumados, como modelos irreprochables del joven autor.

Horacio, el poeta, el preceptista, el Proteo de la literatura, como le llama un traductor, por la asombrosa variedad de aspectos literarios que presenta; Anacreonte, el dulce, el apasionado cantor de Theos que desde Simónides hasta Víctor Hugo, ha arrancado á los genios excelsos de la humanidad, á los príncipes de la literatura, las frases de admiración más entusiastas por "el arte sin arte y la ciencia sin ciencia de sus obras," como dice el eruditísimo Baraibar: he aquí las linfas transparentes y puras en que ha bebido Fernangrana la inspiración esparcida en sus poesías. No exageramos al escribir este artículo: basten *El Vino de Lesbos* y *El Brindis* para comprender la exactitud de nuestros juicios. En otra parte hemos hablado ya de la primera de estas composiciones: fresca, galana, inspiradísima, su lectura deja el sabor de la poesía antigua. Por lo que mira á *El Brindis*, anacreóntica que

reviste la forma, la elegancia, si se quiere hasta la desnudez distintivas, encontramos verdadero placer en copiarla íntegra. Dice así:

Coronadas las frentes
De mirto y rosas,
Descubiertos los senos
Y altas las copas,
Por el cantor de Laura
Brindan las mozas;
Y á los brindis suceden
Risas sonoras.
Él entanto, beodo,
El vino toma;
Y, olvidando á su amada,
Brinda por todas.
Y al apurar del néctar
La última gota,
Ay! . . . la imagen de Laura
Mira en la copa!

En qué versos tan breves ha encerrado Fernangrana pensamientos tan hermosos, y cómo abunda su libro en composiciones eróticas, pequeñas y sencillas, que expresan las ansias, los sufrimientos, los deseos del poeta, herido á veces, sin que Amor lo pueda defender, por la misma Laura á quien adora;

Mas desdeñosa mientras más la adoro;

felices otras, porque ella es la que le hace sufrir grandes tormentos; y cómo ansía también ser—le dice á Laura—

La crucesita de oro
Que llevas en tu seno;
Que entonces me darías
En vez de pena y celos,
Cuántas dulces miradas,
Y cuántos, cuántos besos!

ó bien la golondrina que cuelga su nido en la ventana de Laura, pues

.....al acercarse la noche
Y al brillar la luz del alba,
Cuántas cosas cantaría
Porque tú las escucharas!

Brillan, según se ve en todas estas producciones de Fernández Granados, cierta delicadeza de sentimientos poéticos, que explotada por él muy hábilmente, conmueve á los lectores sin parecerles afectada. En otras, por lo contrario, aparecen algunas descripciones que no me explico cómo pudieron escapársele al autor, enemigo de ciertas libertades usadas muy comunmente por la escuela naturalista, aun cuando, por otra parte, goza en extremo con las escenas nada pudorosas por cierto de *Dafnis y Cloe*, y de otros monumentos semejantes de la literatura antigua. Verdad es que según Ticknor el amor puro es extremadamente raro en la poesía castellana. Una nueva prueba de ello es el siguiente fragmento del delicioso romance de Fernández Granados, intitulado *El Baño*:

Apenas despunta el alba,
Llega la virgen al río,
Que se estremece de gozo
Al presentir sus hechizos.
Sonriendo se desnuda,
Deja en la grama el vestido,
Desprende su cabellera
Que baja á su espalda en rizos,
Y dejando descubiertos
Sus hombros alabastrinos,
Con sus dedos sonrosados
Conteniendo los latidos
De su delicado seno,
Desabróchase el corpiño
Y saltan ¡ay! pudorosos
Sus lácteos senos virgíneos.
Las ondas al recibirla
Exhalan dulce gemido,
Y como lluvia de perlas
Baña su cuerpo divino.
Y se quedan cintilando
Aquellos senos tan lindos
Como botones de rosa
Salpicados de rocío!

En otra producción intitulada *Ven...!* abundan versos semejantes: más aún, consejos que tocan ya los límites de la inmoralidad, pues á tales extremos llega quien dice lo siguiente:

Abre á mi amor ardiente
Tu delicado seno,
Hoy que Amor nos convida
A que con él juguemos.
Mira, tal vez mañana,
Ya blancos tus cabellos,
Recordará que fuiste
Rebelde á sus preceptos;
Y entonces, aunque llorando
Le ofrezcas mirtos bellos,
Volará por no verte,
Sin escuchar tus ruegos.....
Ven, pues, y á los acordes
Del agua y de los céfiros
Que entre las rosas cantan
Su dicha prisioneros;
Al suspirar de amores
Y al ruido de mis besos,
Entonarán las aves
El canto de Himeneo!

Desnudeces son estas que se explican sin grande esfuerzo, en poetas que como Fernández Granados se encuentran en íntimo contacto con los griegos, y que poseen además el don de cultivar géneros diametralmente diversos. En *Mirtos* hay, por ejemplo, una oda *A María*, de tal sabor místico, que en ella la inspiración apacible del poeta y la santa ternura del creyente, forman la plegaria más dulce, la oración más expresiva de un corazón piadoso. Elegancia en la versificación; sencillez y propiedad en las imágenes y en los pensamientos, suavidad en toda ella, son las cualidades de esta oda, que tiene por primeras estrofas las siguientes:

Reina del cielo en donde el Sol fulgura;
Dulce y divina Aurora;
Única Virgen pura,
A quien la corte celestial adora:
Hoy que en tu amor mi corazón se inspira
Acoge el canto de mi tosca lira!
Tú del cansado y triste peregrino
Eres madre amorosa
En el Edén divino;

Y en el desierto palma rumorosa
A cuya sombra del calor se abriga,
Y fuente clara en que su sed mitiga.

Fernández Granados ha reunido también en el libro de que hablamos, dos imitaciones que ha hecho: una de la oda *A Neera*, de Horacio, y otra de *La Cigarra*, de Longo, autor de *Dafnis y Cloe*, novela que ha inmortalizado á estos pastores.

Dafnis, velando el sueño de la zagala, aparece entregado á las meditaciones más voluptuosas del amor: una cigarra en tanto, se introduce en el seno de la pastora y comienza á gorjear. Cloe se asusta, y Dafnis entonces

.....Aprovechando la ocasión, la mano
Mete en el seno virginal de Cloe,
Y cuidadoso agarra
Y saca á la cigarra,
Que ni en la mano de él enmudecía.
Cloe la miró gozosa,
Tomóla, dióle un beso cariñosa,
Y otra vez la llevó á su seno blando.....
Y la cigarra allí siguió cantando!

Sirvan estos versos tan deliciosos y sencillos, para probar la facilidad con que imita Fernangrana. Como poeta original deseáramos, si tuviéramos las dotes necesarias, analizar sus tercetos á Laura; su letrilla *A Isabel*, sus *Cantares*, su anacreóntica *La fuente Castalia*, sus sonetos *A Heberto*, *La Gardenia*, *Carlota* y algunas otras poesías publicadas en este tomito, que por su lujosa y artística impresión honra á las prensas mexicanas. Ligeros defectos acortan sin embargo el mérito de las composiciones poéticas contenidas en él: el autor propende en los tercetos y en los sonetos á enlazar versos que son independientes; se toma también con alguna frecuencia—puede verse su soneto *A Heberto*—libertades que aun cuando usadas con mesura son permitidas, del abuso de ellas resultan en el estilo afectación y anfibología en el sentido; con algún esfuerzo se hallarían también frases incorrectas, como esta en *Las Violetas*: *Decidla mis dolores*, por *Decidle mis dolores*; *La fuente cristalina* = *Al fin se vió liberta*, en la poesía *La Primavera*, por *al fin se vió libre* que hubiera sido lo propio; no menor trabajo costaría hallar algunas asonancias muy próximas, como en

el soneto *A Heberto*: “Este afán, este amor, *esto que siento*,” en el romance *El Baño*: “Que *baja á su espalda* en rizados;” “*Aquellos senos* tan lindos;” encontrar también algunos versos prosaicos, como en la pequeña producción *A Laura*:

*Si yo fuera golondrina
Volaría á tu ventana;*

en los *Cantares* este otro, disculpable sólo por el género de composición en que se encuentra:

Ya no me gustan las rubias;

y por último, en el fragmento de *La Cigarra* que hemos citado, se notarán estos dos, duros y desagradables:

*Y cuidadoso agarra
Y saca á la cigarra;*

en los cuales, por otra parte, abundan las *aes*.

Por fortuna le sobran á Fernangrana ilustración y juicio para corregir los defectos de sus obras: él no dice, como muchos, lo que Bion de Smirna en los hermosos versos siguientes de su idilio V, traducido por el egregio Ipanandro Acaico:

*Si de mis versos place la armonía,
Basten los que hasta ahora
Me concedió la Musa bienhechora
A hacer eterna la memoria mía.*

Lejos de ello, Fernández Granados corregirá sus producciones poéticas, y quizá muy en breve un nuevo volumen suyo demostrará los progresos alcanzados por el poeta. Aliéntelo, pues, el público, y él responderá con creces á la indulgencia del lector.

“Los aficionados á libros, dice D. Juan Valera, suelen cegarse con frecuencia y prestar á muchas obras literarias un mérito que no tienen, y esperar que logren una popularidad que al cabo no alcanzan.” Vivamente deseamos que las palabras del insigne autor de las *Cartas Americanas* fallen en el presente caso, y que *Mirtos* alcance la popularidad que se merece. Cuenta para ello con una circunstancia especialísima: es libro dictado por el Amor, y escrito á impulsos de una

pasión dominadora: en sus páginas no brillarán los destellos de inspiración propios tan sólo de los genios eróticos, pero siempre se encontrará en cambio un afecto tierno y sencillo.

Que el público conozca, pues, el valer de Enrique Fernández Granados, y que los *Mirtos* que hoy son el título de la primera colección de poesías de este inspirado joven, más tarde sean las simbólicas flores que adornen la frente del poeta!—ANTONIO DE LA PEÑA Y REYES.

Opúsculos inéditos.—D. Joaquín García Icazbalceta, el insigne biógrafo de Zumárraga, acaba de enriquecer la bibliografía mexicana con la publicación de un libro intitulado: *Opúsculos inéditos, latinos y castellanos, del P. Francisco Javier Alegre, veracruzano, de la Compañía de Jesús.*

La obra que anunciamos ha sido impresa por Díaz de León. Dicho queda con esto que corresponde la parte tipográfica á los méritos literarios del libro.

Los *Opúsculos* de Alegre que por vez primera se dan hoy á la luz pública, son: el *Arte Poética de Boileau* puesta en verso castellano con notas eruditísimas; la traducción, también en verso castellano, de las *Sátiras* 1.^a, 3.^a, 6.^a y 9.^a del libro primero de Horacio; la *Epístola* 6.^a del libro primero del mismo autor, y los siguientes trabajos en latín: *Homerii Batrachomyomachia, latinis carminibus expressa, nonnullis additis, liber singularis, In obitu Adolescentis. Epicedium, Horti dedicatio Dianæ. Ecloga. Nisus, In Obitu Francisci Plata, In Obitu ejusdem, Ad Joann. Berchmans Iconem, Ad B. Aloysii A Koskæ Iconem, Natalia Munera, Prolusio Grammatica De Syntaxi.* Precede á los *Opúsculos* un prólogo en el que da el Sr. García Icazbalceta noticia exacta de las obras de Alegre impresas hasta hoy, y de las inéditas, y refiere á seguida cómo adquirió la *Poética* y cómo la preparó para la prensa. También va al frente una excelente biografía de Alegre, traducida del latín por el Sr. García Icazbalceta.

Cuán diligente, cuán perseverante y cuán entendido sea el Sr. García Icazbalceta para llevar á feliz término empresas de este género, cosa es que sabe todo el mundo. Su fama de primer bibliógrafo mexicano, descansa en las ya numerosas obras que ha salvado del olvido

y cuyo mérito ha acrecentado con notas que revelan su pasmosa erudición en punto á historia patria. Pero en el libro de que hoy tratamos, muéstrase no menos erudito en materia de bella literatura, y así el prólogo como las notas á él debidas y la *Bibliografía sucinta* de los autores citados en la traducción del *Arte Poética*, son testimonio elocuentísimo de que es magistral cuanto á su pluma se debe.

Para comprender la importancia del servicio prestado á las letras con la publicación de los *Opúsculos inéditos del P. Alegre*, es preciso recordar que el ilustre veracruzano es uno de los escritores de que puede con justicia enorgullecerse nuestra patria.

Sean permitido al encomiar, cual lo merece, el nuevo libro del Sr. García Icazbalceta, hacer notar á este eminente escritor que si bien es cierto que Alegre no es *muy conocido entre nosotros mismos*, no han faltado quienes le tributen los homenajes á que es acreedor. Entre otros, el autor de estas líneas ha dicho en la biografía del humanista veracruzano, lo que sigue:

“Entre las muchas crónicas que de las órdenes religiosas nos quedan, la del P. Alegre ocupa un lugar eminente y es de un valor inestimable. El gran acopio de noticias históricas y biográficas que en ella se contiene; el buen método con que está escrita; la sencillez, sin degenerar en bajeza, del estilo; la suma claridad; la modestia que el autor revela; la verdad que respladece en todas sus páginas, hacen que la lectura de la obra de Alegre sea grata y provechosa aun para los que sin profesar sus mismas creencias, aun prevenidos en contra de la célebre Compañía, buscan en el estudio de su historia algo más que el panegírico de una orden ó la propagación de sus doctrinas. Estrechamente enlazada la historia de los trabajos apostólicos de los jesuitas con la historia civil de muchos pueblos que forman parte de la confederación mexicana, para saber los orígenes de Sonora, de Sinaloa, de Durango, de Chihuahua y de California, es indispensable acudir á Alegre, que con dotes no comunes narra el descubrimiento, la conquista y la civilización de aquellas y de otras regiones. Dos siglos abraza la “Historia” del padre Alegre, siglos fecundos en acontecimientos, que dan materia para extensísimos libros, y sin embargo, él, con excelente método, in omitir nada sustancial, nada que sea verdaderamente importante y digno de recordación, condensa en algunos centenares de páginas lo que otro habría referido en abultados volúmenes de cansada lectura y de difícilísima consulta.

Cuando se escriba la historia crítica de las letras de México y se haga un estudio detenido, profundo, razonado, de nuestros historiadores y cronistas, el nombre de Alegre tomará mayores proporciones que las que hasta hoy ha alcanzado, y cuenta que no es de los menos esclarecidos el que ya tiene. Tan correcto y castizo es, que al leer á Alegre nos parece que puso, en punto á la forma, el escrupuloso empeño del escritor académico que es capaz de sacrificar por ella el fondo. Pasajes podríamos citar en los que con elocuencia y sencillez encantadoras se describen, ora los desoladores estragos de una peste, ora los desórdenes y crímenes de los filibusteros, ó bien el martirio de un apóstol del Cristianismo, ó el tránsito del misionero por entre bosques vírgenes y pueblos salvajes.

Si alguna vez, obedeciendo á los dictados de una fe sencilla, cuenta Alegre prodigios obrados por la religión, milagrosos hechos que la moderna crítica rechaza, para no condenarle es bastante recordar su carácter religioso, su educación, sus hábitos y el fin que se propuso al escribir su historia, historia que, como él mismo dice en su prólogo, *emprendió escribir en fuerza de orden superior.*—F. S.

Narraciones y Confidencias.—Con este título acaba de publicar en un volumen muy bien impreso, el joven é ilustrado escritor D. Alberto Michel, una preciosa colección de artículos científico-literarios sobre zoología, escritos en esa forma, tan galana como encantadora, que han hecho popular en Francia Julio Verne y Camilo Flammarion.

Contiene el tomo, quince artículos, y una interesantísima monografía, que trata de las preocupaciones que existen sobre algunos animales, y que el autor, además de enumerarlas las desmiente con razones tan convincentes como sencillas.

Alberto Michel ha escrito un buen libro, y debe proseguir en el estudio de las ciencias naturales, tanto más, cuanto que en México son contados los jóvenes que las cultivan, y más contados aún los que las divulgan en un estilo tan bello y tan sencillo, como el que empleó en sus *Narraciones y Confidencias.*

LITERATURA MEXICANA.

CAPÍTULO PRIMERO.¹

Elementos de que se formó la nación llamada Nueva España.—Introducción en ella de la poesía europea, y estado de ésta durante el siglo XVI.—Poetas que allí figuraron en el mismo período de quienes quedan noticias.—Motivos por qué se conocen pocos poetas mexicanos del siglo décimosexto.—Poesía indohispana.—Notas.

Osados aventureros que penetran en una tierra desconocida poblada de enemigos, colonos avaros de riqueza, santos misioneros poseídos de abnegación cristiana, indígenas semi-civilizados ó completamente bárbaros, estos fueron los elementos heterogéneos con que empezó la nación llamada Nueva España. Y sin embargo, esos elementos contenían un germen de civilización que se desenvolvió y creció más adelante, conforme á las leyes del orden social. La terrible espada del conquistador impuso de tal modo á los vencidos que preparó una paz inalterable de tres siglos, rara en la historia; la actividad del colono llevó del antiguo al Nuevo Mundo las mejoras materiales aquí desconocidas; el humilde fraile ilustró con la ciencia europea la mente del americano, y sustituyó con la moral generosa del Evangelio los sangrientos ritos de los númenes aborígenes; el indio, abyecto esclavo bajo el dominio de sus reyes y señores naturales, fué transitoriamente siervo de los encomenderos, pasó luego á pupilo privilegiado por el Código protector de Indias, y ascendió después de la independencia, al puesto de hombre libre.

* * *

La poesía europea fué uno de los conocimientos que introdujeron en México los españoles, tan luego como le conquistaron, siglo XVI, y des-

¹ Este capítulo pertenece á la segunda edición, corregida y aumentada, que el Sr. D. Francisco Pimentel prepara de su obra: *HISTORIA CRÍTICA DE LA LITERATURA Y DE LAS CIENCIAS EN MÉXICO.*

La *Revista Nacional* tributa al eminente literato y filólogo mexicano Sr. Pimentel, los más sinceros agradecimientos por la señalada honra que le dispensa al facilitarle este capítulo que puede considerarse como inédito, puesto que contiene noticias de gran importancia, y apreciaciones que su autor no pudo consignar en la primera edición de su obra.

No será esta la única vez, nos complacemos en anunciarlo á nuestros lectores, que la *Revista Nacional* engalane sus páginas con los escritos del Sr. Pimentel.—*LA DIRECCIÓN.*